

RAFAEL SAUMELL

Tiempo que contar



Edición: Pablo De Cuba Soria
Maquetación interiores: Sandra Rossi Brito
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
Imagen de cubierta: Detalle de una pintura
de Nicolás Guillén Landrián

© Herederos de Rafael Saumell, 2024
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2024

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798322189121

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Agua del recuerdo para Nara Araujo

¿Cuándo fue?

No lo sé.

Agua del recuerdo

voy a navegar.

NICOLÁS GUILLÉN,
“Agua del recuerdo”

El 14 de enero de 2009 falleció en La Habana (¿de qué?) Nara Araujo, de quien fui alumno en la Universidad de La Habana entre los años 1972 y 1978. Su esposo, Lisandro Otero, había muerto un año antes, el 3 de enero de 2008. A él lo traté, brevemente, en 1986 cuando sustituyó a Nicolás Guillén Batista como presidente de la UNEAC. Ella enseñaba Historia de Francia con un conocimiento impecable del idioma y de la cultura de aquel país.

Durante la carrera tuve profesores igualmente notables, por ejemplo, Rigofredo Granados Alonso, Emilio y Rafael Hernández, Guillermo Rodríguez Rivera, Otilia de la Cueva, Alba Prol y Albita Pardo Prol. Puedo decir lo mismo de algunos condiscípulos a quienes sigo queriendo mucho: Israel Machado, José Ríos, Andrés Lacau, Naty Revueltas, Lourdes Medina. No olvido a Niurka Escalante, hija de Aníbal. Después de Rigofredo y Emilio, Nara fue la que más influyó en mí, algo de lo que me di cuenta cuando supe que había muerto.

No podía creerlo, estaba joven aún. Llegué a especular si acaso se habría suicidado. “Se la llevó pronto Lisandro”, me comentó Alejandro González Acosta desde La Jucuma, México. ¿Qué tipo de influencia ejerció Nara en mí? Ella simbolizó, en vida, obra y residencias, cómo han logrado navegar y flotar, bastante bien, dentro y fuera de La Habana, determinados compatriotas. Han podido viajar a muchos países, establecerse en uno de ellos (México) por cierto período, con retorno asegurado y, claro, permitido al país natal. Que yo sepa, nunca cayeron en desgracia ni

fueron “parametrados” como resultado de ninguna política, hoy ‘rectificada’, durante uno de los últimos diez quinquenios. Verdaderos destinos excepcionales.

Repito, entre 1972 y 1978, Nara (La Habana, 1945) era solo un poquito menos joven que la mayoría de sus alumnos, con la excepción de Naty Revuelta y Niurka Escalante. Todavía hoy mis ojos la ven en forma, menuda, siempre bien vestida, con la misma melena de pelo grueso y marrón oscuro que le observé en nuestro último encuentro, ocurrido en Miami, Florida, hace menos de cinco años.

A veces se aparecía en clase llevando uniforme de miliciana con la boina doblada sobre la hombrera de la camisa azul, calzando botas. Ese día estaba “de guardia”. No me parecía una persona real, la tomaba más como una bailarina o una actriz haciendo un papel militar mientras disertaba sobre Enrique IV, los jansenistas o *El reposo del guerrero*. La misma impresión me producía Naty.

Por algún motivo, ni ella ni Nara me resultaron, jamás, unas milicianas creíbles. Una noche, durante un receso, y mientras yo pasaba cerca de la oficina de la escuela, la escuché hablar por teléfono sobre los “elementos” que formaban su pelotón y qué puestos cubrirían durante la madrugada. Luego en clase se paró frente a nosotros, con pose de bailarina clásica, el pie derecho haciendo un ángulo de noventa grados con el izquierdo, la mano derecha sobre la cadera, la izquierda sosteniendo la mejilla, detalles de vanidad ligera y hasta paradójica si uno se ponía a notar que procedían de una mente y una boca de la cual salían informaciones y análisis más graves, o sea, menos faranduleros que la postura del cuerpo.

Aquel sexenio fue interesante, muy duro. Para mí terminó bastante bien, a pesar de todo. Empezó mal, con el regreso a Santiago de Cuba para vivir con mi tía Celia después de fracasar en el intento de buscar empleo en La Habana. Escapé por un pelo de caer bajo la red de la ley contra la vagancia gracias a un empleo que conseguí de ayudante de cocinero (“pinche” en cubano) en el Instituto de Pedagogía. En esa época —después de limpiar el arroz, pelar viandas y abrir latas— me iba a la biblioteca “Elvira Cape” a leer o sacar algún libro. Luego cruzaba la calle y me reunía con Jesús Coss Cause y Efraín Naderau en la Casa Heredia. Con frecuencia conversaba Raúl Ibarra Parladé, Antonio Desquirón y José Orpí. Los fines de semana veía películas americanas en el cine club de la Universidad de Oriente.

Amigos y familia tenía en Santiago pero la ciudad estaba aún más empobrecida, oscura y deprimente que La Habana adonde decidí volver. Por

suerte, conseguí un puesto de traductor / intérprete de francés en el Instituto de Ciencia Agrícola en Tapaste, San José de las Lajas. Luego aprobé los exámenes de ingreso a los Cursos para Trabajadores.

Así pude entrar a una de las clases de Rodríguez Rivera. Las impartía magistralmente y, en verdad, daba gusto escucharlo. Por eso evitábamos interrumpirlo, él tampoco preguntaba, al menos con frecuencia. Sin embargo, cierta tarde uno de mis condiscípulos, un tal Jesús, quiso aclarar un detalle utilizando un vocabulario demasiado políticamente correcto sobre la actitud del “Compañero Aquiles” en *La Ilíada*. Por segundos interminables la cara de Rodríguez Rivera expresó pasmo e incredulidad. “¿El Compañero Aquiles?”.

Por la forma de enfocar y enseñar la literatura nada tenía que ver él con la política cultural en vigor fuera de su clase. Bueno, más tarde supimos que él se hallaba en remojó político por esos tiempos, al menos como autor al cual no le publicaban, un tanto semejante al caso de Nancy Egües, hija del flautista Richard, mi compañera de trabajo en Tapaste.

Nara hacía lo mismo, creo, pero puede ser que se tratara de un espejismo donde todos, estudiantes y profesores, simulábamos y parecíamos ser lo que no éramos o al revés. Digo esto, entre otras razones, por la forma en que se desenvolvían las clases de filosofía marxista-leninista. Tuvimos que leer una edición en dos tomos que contenía ensayos de los “clásicos” obligados: Marx, Engels, Lenin. Nuestro profesor trataba de demostrar cuán infalibles eran esos tres autores. Sin embargo, algunos osaban, a la sordina, cuestionar sus premisas y conclusiones, si bien de una manera inocente, como quien no quería la cosa.

Un momento particularmente oscuro sobrevino cuando expulsaron del claustro a los profesores Rigofredo Granados Alonso y Emilio Hernández. Me enteré, primero, por mi amigo Juan Carlos, hermano de Rigofredo. Los acusaban de diversionismo ideológico. A quien le ponían ese sambenito podía considerarse por desgraciado. Rigofredo y Emilio perdieron sus puestos. El primero apeló ante el Consejo de Trabajo por cuestión de principios pero sabía de antemano que no ganaría la bronca. El segundo fue “reubicado” como traductor de francés en el Ministerio de Salud Pública. Conocía bien a los dos desde fines de los sesenta cuando fuimos presentados por mi maestro Franklin García, el primer “desertor” que conocí de cerca.

Nunca regresó a Cuba de un viaje de estudios a Canadá. Por fuera me enteré del siguiente rumor: a sugerencia del núcleo del partido en la Facultad de Lenguas Extranjeras, los colegas votaron por la expulsión de

Rigofredo y Emilio. Ojalá alguien en el futuro (¿remoto, cercano?) pudiera exonerarlos de esos cargos, incluso pedirles disculpas y perdón por haberlos humillado y hecho sufrir. Esa triste nube del pasado tiene que ser despejada alguna vez.

Abecedario y Ballester

Las *Memorias de Abecedario* (Editorial Voces de Hoy, 2011), de Alfredo Ballester, acaban de nacer en Miami como título, personaje y persona. Desde *Hombres sin mujer* (1938), de Carlos Montenegro, y *La isla de los 500 asesinatos* (1949), de Pablo de la Torriente Brau, las letras cubanas no habían vuelto a mostrar las interioridades del presidio común¹. Como todas las buenas obras, el período de gestación requiere de una vida entera y de muchas circunstancias históricas pues ambas se apegan a una tradición cultural. Ningún texto es el resultado de la suma del tiempo físico dedicado a hacerlo.

En este caso han pasado cuarenta y tres años del comienzo de las primeras líneas de este relato y de casi seis décadas para que Abecedario, expreso radicado en La Habana, y Ballester residente en la Florida, pudieran culminar esta obra. El primero aporta sus recuerdos y los diarios que escribió en la cárcel. El segundo, añade su propia de experiencia de recluso y los años compartidos con Abecedario. Mediante este libro, ambos han podido vencer el anonimato bajo el cual transcurrieron sus vidas e infortunios tras las rejas y alambradas de numerosas prisiones y granjas de rehabilitación.

Estamos frente a un intercambio de memorias, en el cual uno de los testigos da las suyas aunque por motivos de seguridad personal en la isla, opta por el anonimato. El otro asume la función de testimoniante, editor y publicista de ambos, sin dejar de incluir las voces de antiguos compañeros que trataron en el presidio.

1 Recomiendo leer a Enrique Pujals y su estudio *La obra narrativa de Carlos Montenegro*. Miami, Florida: Ediciones Universal, 1980. Además, consultar de Torriente Brau *Pluma en ristre*. Selección de Raúl Roa. Prólogo de Carlos Prío Socarrás. Semblanza de Guillermo Martínez Márquez. La Habana: Dirección de Cultura, 1949. También *Presidio Modelo*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1969.

En la “Introducción” Ballester explica: “Conocí a Abecedario en la niñez, durante los juegos habituales del barrio...[posteriormente] coincidimos en la misma cárcel militar de El Morro”. Por su parte, en sus “Agradecimientos”, Abecedario indica: “Expreso mi gratitud...al autor del presente libro, mi gran amigo Alfredo, quien ha tenido el valor de ocupar mi lugar y enfrentarse a muchos retos al escribir mis memorias, que no solo incluyen vivencias, sino también afectaciones psicológicas...”.

Ya se sabe que la vida no resulta nada fácil entre los muros de las cárceles. En las sociedades cerradas se habla de la prisión literal o sea de la hecha de celdas, calabozos, galeras, presidiarios, guardias, torres y perros. La otra es la grande, el país moldeado y amordazado por un tipo de contrato social impuesto a millones de individuos por un grupo infinitamente menor, que controla las formas de vivir y de morir de los ciudadanos a quienes dice representar. De ahí que Abecedario prefiera seguir de incógnito y que Ballester asuma la autoría pública de una parte de dichas memorias.

Los lectores naturales del texto tenemos algo en común con Abecedario y Ballester. situados fuera de Cuba hemos cruzado ya las puertas de ambas murallas. El libro de Abecedario y de Ballester constituye también otro paso importantísimo: narrar el resumen de esas experiencias, largas, penosas, edificantes y retadoras. No todos quieren o desean escribirlas. Siempre les sugiero a quienes tienen algo relevante que contar, que no se queden en la anécdota verbal compartida con un círculo de amigos o de oyentes. Hay que pensar en los lectores a quienes privaríamos del derecho de enterarse de relatos como los recogidos en estas memorias.

Insisto en la necesidad de escribir y de publicar debido a los siguientes motivos. Salvo excepciones que confirman la regla, en las universidades de los Estados Unidos de América predominan los relatos oficiales sobre la Historia de la Revolución de 1959. Igual puede afirmarse de la mayoría de los artículos de prensa publicados allí y en una buena parte del mundo. Como resultado, quienes desmentimos y hacemos correcciones a esas leyendas, por conocimiento directo de su falsedad y porque nos mueven la honestidad personal e intelectual, somos tratados casi siempre con desprecio e incredulidad, como negadores de una especie de neoevanglio de la redención política, social y económica, hábilmente construido y mejor divulgado por los formadores de opinión en los centros académicos y en los medios de comunicación.

Por más de medio siglo, esos portavoces se han empeñado en divulgar sus mentiras y en defender su ceguera voluntaria. Actúan como epígonos de un Cristóbal Colón agarrado a la absurda noción de hallarse en tierras que no podían ser, a ojos vistas, ni la India ni Japón. Se comportan como aquel navegante, empeñado en hablar de oro abundante donde lo había escaso, en confundir la desnudez con impudor, en no ser capaz de comprender que la bondad natural de las gentes recién conocidas no tenía nada que ver con la simpleza mental que les atribuían y que los llevaba a canjear metales preciosos por baratijas.

Persisten en nuestros días la arrogancia, la estupidez y el cinismo de querer analizar a los demás y a sus circunstancias con patrones mentales, morales y políticos de imposible aplicación en cualquier contexto, solamente porque nos parecen sabios, incuestionables, refrendados por libros y autoridades que parecerían hallarse por encima de la menor sospecha de falibilidad.

Así se explica que Colón cuente aún con muchos discípulos cinco siglos después de haberse demostrado que nunca llegó a las Indias. Se entiende por qué aún luego del naufragio político más sonoro en Latinoamérica de estos últimos cincuenta años, haya todavía almirantes de las letras y de cualquier otro saber afincados en el delirio de que la cubana es la sociedad perfecta porque que allí, enfatizan, nunca se han violado los derechos humanos desde 1959 hasta la fecha.

Con la cara más dura, y a pesar de tantas evidencias contrarias, afirman que los cubanos son felices en medio de lo que clasifican como humildad material y espiritual, porque están en perfecta sintonía de principios y fines con sus caciques.

Juran que la atmósfera, las aguas y los bosques de allá siguen prístinas porque no ha llegado la contaminación brutal del capitalismo. Insisten en que no hay presos ni disidentes políticos sino agentes proimperialistas. Insisten en que las cárceles son sitios tan benignos que hasta allí van a cantar los mejores trovadores de la tribu.

Para alimentarse, a los cubanos no les hacen falta la abundancia de la agricultura y del comercio libres del monopolio estatal. Les basta con rajar la poca yuca disponible, pescar manjuaríes graciosos y lentos y bailar al ritmo del areíto.

A través de sus memorias, Abecedario y Ballester descalifican esas versiones, fabricadas por el Almirante y repetidas por admiradores y farsantes.

En este libro, el archipiélago narrado es muy diferente. Hay justos y hay bribones, valientes y cobardes, mucha muerte, mucho abuso, mucha miseria sexual y política. No es el paraíso y, sin embargo, el lector hallará a personas que se sacrifican por crearlo, a veces sin saber de Dios o alejados de Él y de sus iglesias por voluntad del Almirante.

Es un relato que continúa la tradición del primer escritor cubano que habla desde el encierro en la plantación esclavista. En medio del verdor apacible, de la perfecta geometría de cafetales y cañaverales, vivió Juan Francisco Manzano, el esclavo. Quizás antes de la de 1868, la primera Acta de Independencia escrita en Cuba fue la *Autobiografía* que él redactó bajo la inspiración de Domingo del Monte y de su círculo de amigos. Como habría dicho el desaparecido Antonio Benítez Rojo, antes que la armada hubo una conspiración del texto antiesclavista.

Memorias de Abecedario forma parte de esa tradición. Escrito ahora durante la plantación marxista-leninista, sacado como pieza de contrabando de la isla, revisado y editado en Miami, presentado en público como debe ser, continúa en esas páginas la costumbre inaugurada por Del Monte y Manzano. Salen en español y en los Estados Unidos unas memorias que también prosiguen la lucha por la independencia y la democracia, vale insistir en ellas, y debido a continuidad en la historia de la literatura cubana. No podemos olvidar que fue en este país donde por primera vez publicó sus versos, en formato de libro, el poeta fundador, perseguido y desterrado, José María Heredia.

Las islas de Antonio.

Carta y entrevista con Benítez Rojo²

Primeras secuencias. El país natal

La primera vez que lo vi fue en una reunión patrocinada por *El Caimán Barbudo* en las afueras de La Habana. Tiene que haber sido a fines de los setenta y estoy casi seguro de que el sitio escogido para ese encuentro era la Escuela Nacional de Cuadros de la Unión de Jóvenes Comunistas. Me avisó Víctor Martín Borrego, miembro del comité de redacción de la revista. Antonio ya era un escritor hecho y derecho, reconocido, respetado por la crítica local y los premios literarios más prestigiosos en la Cuba de aquellos años. Recuerdo también un par de películas del ICAIC basadas en obras suyas, respectivamente dirigidas por Manuel Octavio Gómez y Tomás Gutiérrez Alea: *Un hombre, una mujer, una ciudad* y *Los sobrevivientes*. Habló ese día y nos dio varios consejos literarios a los aspirantes a escritores y críticos que estábamos escuchándolo.

Por alguna razón que no puedo sustentar ahora, creo que en sus palabras él dejó caer que no le habían gustado para nada las críticas publicadas sobre el filme que hizo con Manuel Octavio. Reynaldo González, amigo a quien empezaba a tratar en esos días, lo mencionaba siempre con respeto. Lo describía como un individuo serio, trabajador, que le dedicaba “muchas horas culo” a su oficio, usando una frase atribuida al historiador Manuel Moreno Fraginals. En esa época yo trabajaba de guionista y realizador de programas de radio y de televisión. Comenzaba a publicar en *Unión* y *El Caimán Barbudo*. Posiblemente la última oportunidad en que coincidí con Antonio en La Habana fue en un panel de TV dedicado al cumpleaños setenta y cinco (1979) de Alejo Carpentier. No sé si está grabado, pero me atrevo a afirmar que se transmitió desde el estudio de Extensión Universitaria

2 Otro Lunes. Revista Hispanoamericana de Cultura. No. 7, Año 3 (abril 2009).

ubicado en la calle L frente a la heladería Coppelia. Además, esa tarde y por boca de Leonardo Acosta, uno de los panelistas y compañero de trabajo en el programa *Todo el mundo canta*, me enteré del rumor sobre el cáncer que atacaba a Alejo y le impidió regresar a La Habana para los homenajes.

Penúltimas secuencias. Islas en el exilio

Fines de 1988, Washington D.C. Fórum patrocinado por el departamento de investigaciones de Radio Martí. Recuerdo a varios protagonistas: Antonio, por supuesto y para tremenda sorpresa mía, el diseñador Félix Beltrán, los periodistas Narciso Hidalgo y Rolando Cartaya, el escritor Reynaldo Bragado y yo, estudiante de doctorado en Washington University en Saint Louis, Missouri. Ramón Mestre presidió la mesa de ponencias.

Allí estábamos Antonio y yo, muy distantes de los lugares y de las circunstancias explicadas arriba. No vale la pena aquí repetir cómo llegamos tan lejos él y yo. Conversamos, nos escuchamos. Mi impresión de aquel momento, luego ratificada por los años y sus obras literarias: un individuo sabio, talentosísimo, de voz grave, risueño, fumador, buena persona, hombre y amigo. Vivía en Amherst, Massachusetts, era catedrático del College del mismo nombre, sino el mejor entre los primerísimos de los Estados Unidos. Conocía a uno de mis profesores, el chileno Randolph Pope, a quien quería y debía agradecimientos.

A partir de ese encuentro mantuvimos contactos bastante regulares y coincidimos en no sé cuántos congresos. En uno de ellos recuerdo que fuimos a celebrar, comer, beber y fumar a casa del poeta uruguayo Eduardo Espina, profesor en la universidad Texas A & M. Mi padre había cocinado un menú bien criollo que fue opíparamente recibido. Al final de esa noche, cada cual se marchó para su habitación del hotel. A la mañana siguiente lo llevé al aeropuerto. Esperé hasta que llamaron su vuelo. Nos dijimos “hasta la próxima” pero no hubo tal. Como una bofetada tremenda, recién al despuntar el 2005, me enteré por *Encuentro en la red* que Antonio había fallecido en Massachusetts el cinco de enero. En su obituario William Luis anotó que no asistieron al entierro tantas personas como esperaba encontrar allá, dada la reputación de Antonio, los amigos y los lectores que tuvo.

Quizás la fecha, antes del comienzo del semestre de primavera, agarró a la gente fuera de base, expresa “el chino” Luis como posible hipótesis sobre la modesta compañía que acompañó al cadáver de Antonio y a su

viuda Hilda. Sé, además, que fue un excelente padre, que se ocupó de sus hijos, enfermos y muy necesitados de cuidados médicos desde temprano. En cierta ocasión le pregunté a Antonio: “¿Por qué no escribes y publicas un libro que reúna algo de tus memorias literarias y personales en Cuba?”. “No puedo hacerlo. Tendría que omitir muchas cosas, no puedo ni debo decirlo todo”, respondió. “De acuerdo, pero por qué no te entusiasmas y haces una novela basada en un supuesto personaje”. Sonrió.

Secuencia de final abierto. Entre la primera y la última

Un cuarto–oficina en Texas. Un hombre de mediana edad lee un documento de color casi amarillo. Lleva la fecha 31 de octubre de 1990. El remitente es Antonio, el destinatario soy yo, repito que entonces vivía en Saint Louis, era candidato a doctor en literatura hispanoamericana y había leído el magistral ensayo de Antonio *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna* (Ediciones del Norte: Hanover, NH, 1989). Dolorosamente, yo no he podido hallar copia de mi carta, únicamente conservo la contestación. No solo me deslumbraron el aparato teórico, los temas y los autores estudiados, también el estilo, o sea, la escritura de Antonio, una de la más fluidas y sólidas, deslumbrante, entre los autores cubanos, académicos o no, radicados en cualquiera de las ínsulas cubanas. Todo eso le comenté a Antonio en la carta que yo he extraviado. La respuesta abarca seis páginas. Tiene una introducción que me guardo para otra oportunidad. No puedo afirmar y mucho menos reconstruir con exactitud cuáles fueron mis preguntas. No obstante, le sugiero al lector que acepte las siguientes, a modo de guía para leer y entender mejor los conceptos que se exponen.

- 1– ¿De qué manera llegaste, literariamente hablando, al Caribe?
- 2– ¿Es Caos una teoría histórica?
- 3– Qué relaciones puedes establecer entre la teoría del Caos y las revoluciones en el Caribe?
- 4– Guillén el “poeta oficial” y la aplicación de Caos al estudio de su obra.
- 5– ¿También son caribeños José Martí y Lezama Lima?
- 6– ¿Se ha aplicado antes la teoría de Caos al análisis literario?

7- ¿Llegas a Caos por la insuficiencia teórica del pensamiento científico de la Modernidad?

¿De qué manera llegaste, literariamente hablando, al Caribe?

Mis obras de ficción me llevaron al Caribe porque el discurso literario de más categoría dentro de la literatura cubana es “caribeño”, esto en el sentido de tratar históricamente el aspecto de la esclavitud, así como de referirse a los componentes africanos de nuestra cultura. Si te fijas bien, verás que la parte más estimable de la cultura cubana, desde los tiempos de Delmonte hasta la actualidad, es aquella que habla problemáticamente de lo cubano a partir de las dinámicas “blancas” y “negras” que se mueven dentro de nuestro sistema sociocultural. La segunda parte de la pregunta se refiere a las relaciones entre Caos y *El mar de las lentejas*. Bueno, sobre esto te puedo decir que, cuando escribí la novela, Caos no existía como perspectiva del pensamiento científico.

No obstante, mi mente ya estaba condicionada por algunos de los actuales pronunciamientos de Caos, por ejemplo: dentro del desorden (la entropía, el azar, la irreversibilidad del tiempo, el teorema de Godel, las paradojas, etc.) hay formas o “patterns” que se repiten de manera autorreferencial, y al hacerlo, hablan de un “orden” imprevisto. Esto ocurrió porque tengo una formación matemática (estadísticas, econometría), la cual he utilizado en la narrativa desde los tiempos de *Tute de Reyes*. Algunos de mis cuentos parten de modelos matemáticos (“Estatuas sepultadas”, “La tierra y el cielo”, “El escudo de hojas secas”, “Volveré mañana”, “El hombre de la poltrona”). En esto me ha ayudado el conocimiento de la teoría de la música, la cual es paradójica, ya que su “discurso” se refiere a lo finito y a lo infinito simultáneamente, además de ser autorreferencial (tema y variaciones).

Bien, para no hacer la cosa demasiado larga, en la construcción de *El mar de las lentejas* utilicé un método caótico, pues identifiqué 106 eventos históricos que ocurrieran o tuvieran repercusión en el Caribe del siglo XVI, o para ser más preciso, en los 106 años que van desde el “descubrimiento” de América hasta la muerte de Felipe II (1598), que cierra la hegemonía de España en el Caribe. De esos 106 eventos tomé 4 al azar, y resultaron ser: el segundo viaje de Colón, el primer viaje de [Sir John]

Hawkins, la Armada Invencible y la conquista de la Florida por Menéndez de Avilés. Así, cualquier forma de orden que observes hoy en la novela, estuvo condicionado por el azar. Es solo en ese sentido primario que puede establecerse una relación entre Caos y *El mar de las lentejas*.

¿Es Caos una teoría histórica?

Caos es profundamente histórico, pues parte de que el tiempo es irreversible, y por lo tanto de la imposibilidad de predecir con precisión lo que va a ocurrir dentro de un sistema abierto. Ahora bien, el tiempo es irreversible por la segunda ley de la termodinámica, de donde sale el término “entropía”, es decir, el universo no puede ser reconstruido diez millones de años atrás ni tampoco puede ser predicho porque la materia ha “perdido” o “perderá” irrecuperablemente parte de su energía debido al “leaking” de la entropía. Además, la impredecibilidad se hace más aguda al interrelacionarse entre sí una infinidad de subsistemas dentro del gran sistema.

Por ejemplo, el clima es un sistema “far from equilibrium”. Como si fuera poco, está el “butterfly effect”, es decir, una docena de mariposas baten las alas en la Amazonia y un tifón se desencadena en el Mar de la China. También están las ecuaciones “catastróficas”, esto es, uno desprecia un decimal en la aproximación o una diferencia mínima en los inicios de un proceso, y todo se va al carajo al cabo del tiempo, pues esas cantidades geométrica o exponencialmente (cuadro, del cuadrado, del cuadrado, etc.). En resumen, Caos es tan “histórico” que rechaza el determinismo histórico por simplista.

Ahora bien, dentro del desorden de un proceso histórico pueden existir formas que se repiten (patterns); esto se llama en Caos “strange attractors” (para mí en el Caribe es la Plantación), también “fractals” en la matemática fractal (formas irregulares que se repiten una y otra vez dentro de sí mismas). Claro, la repetición conspira contra el diacronismo de la historia y establece una paradoja con ella misma, ya que preserva el “pasado” dentro del “futuro”. Digamos, no me ha extrañado lo más mínimo que Cuba haya regresado un tanto al siglo XIX (el buey, el caballo, la carreta, la vela, el arado, el pico, la pala, etc.), puesto que la Plantación, al repetirse (un “loop” o “feedback”) puede poner en peligro el desarrollo sistemático de la sociedad hacia formas más perfeccionadas.

¿Qué relaciones puedes establecer entre la teoría del Caos y las revoluciones en el Caribe?

Pienso que sí, aunque sin duda concurren otros factores. El concepto de apocalipsis parte de dos paradigmas separados, pero en último término concurrentes. De un lado el paradigma metafísico-cristiano (el Día del Juicio Final); del otro, el paradigma del conocimiento científico según lo define la Modernidad (la entropía en su momento final). Pienso que en el Caribe —sobre todo en Haití, Cuba, Trinidad, Brasil— hay componentes culturales africanos que son “paganos” en el sentido de que no hay cielo ni infierno (como ocurre en la santería, el congo-mayombre, el vodú, el petro, el shango, el candomblé, el umbanda, etc.) Al mismo tiempo se trata de componentes que pertenecen a un paradigma de conocimiento premoderno (Lyotard lo llama “narrativo”).

Por otra parte, me preguntas cómo se relacionan las revoluciones caribeñas con Caos. Bueno, pienso que la única relación que puede haber es la siguiente: toda revolución (un fenómeno social caótico) encierra un orden oculto, el cual, potencialmente, se encuentra en la ideología del grupo que ha de triunfar. Quiero enfatizar el hecho de que el orden de Caos no es positivo ni negativo desde el punto de vista ético; es sencillamente un orden, un pattern, que se repite durante un espacio de tiempo (no *ad infinitum*)

Guillén el “poeta oficial” y la aplicación de Caos al estudio de su obra

No entiendo bien esta pregunta sobre Guillén. Vamos a ver si doy en el clavo. Mi análisis (ciertamente de perspectiva caótica) se centra en varios puntos críticos. En primer lugar, la obra completa de Guillén no es fina ni estable, sino turbulenta, contradictoria, paradójica, etc. Quiero decir que tal *oeuvre*, en tanto fenómeno, debe ser analizada como “wholistic” (el término no existe en español), es decir, no en el sentido de una unidad o síntesis, sino en el de un conjunto de diferencias que resultan paradójicas entre sí.

Este primer paso de mi análisis no está dado del todo dentro de la perspectiva de Caos, sino dentro de la del posestructuralismo. Ocurre,

sin embargo, que el posestructuralismo y Caos pertenecen al paradigma de conocimiento propio de la Posmodernidad. En realidad, el análisis posestructuralista puede tomarse como el primer paso del análisis de Caos, ya que al dismantelar la oposición binaria y, además, al descartar el procedimiento de legitimación propio de la Modernidad (que pudiéramos llamar genealógico en el sentido que busca autoridad en algún supuesto original), ve la significación como algo inestable, es decir, “turbulento” de acuerdo con Caos.

Pero, claro, el análisis según la perspectiva de Caos no se queda ahí, sino que va a descubrir el orden no positivista ni dialéctico que encierra la turbulencia de la significación, es decir, Caos observa un orden dentro del desorden de la cadena de significantes. Es gracias a este orden, por ejemplo, que puede hablarse de literaturas nacionales; esto es, masas de textos en las cuales se observan características específicas de orden nacional. Digamos, la literatura cubana se caracteriza de otras porque su discurso es dialógico en términos de lo europeo y lo africano. La literatura argentina se caracteriza, sin embargo, por la paradoja de que “lo liberal” no es “lo popular” pues fue fundada sobre la problemática civilización / barbarie.

En el caso de Guillén la representación del deseo sexual del negro es más importante que otra cosa, ya que habla no solo del deseo sexual, sino también de deseo interracial, el cual intenta anular la brecha racial que separa la Nación Cubana en “blancos” y “negros”. Tal deseo, sin embargo, es imposible, ya que el mulato no es ninguna síntesis nacional, como creía Guillén en su primera época. No obstante, la formulación del deseo sexual interracial es importante pues habla del deseo de lo cubano, es decir, de alcanzar una suerte de espacio “wholistic” donde no se expresen las contradicciones raciales formadas por la Plantación. Es precisamente este deseo imposible, presente en la búsqueda de lo cubano, lo que caracteriza nuestra cultura nacional. Es fácil ver que este deseo sexual es mucho más importante que el deseo de dismantelar las diferencias de clase.

Esto es así, porque de todas las estructuras que forman lo Nacional, la de la cultura es la más importante y la más duradera. De esto se dieron cuenta tanto Marx como Engels, ya que ambos sacrificaron la posibilidad de cambiar el modo de producción ante el imperativo de mantener la unidad nacional. Marx se refiere a este asunto en su artículo sobre la Revolución Española, y Engels en sus papeles sobre la guerra, donde justifica la traición de los prusianos (feudales) en contra de Napoleón (el capitalismo). En resumen, lo Nacional, la Nación, el Nacionalismo, la Nacionalidad, etc., son términos que se refieren más a la cultura que a otra cosa. Todo esto para

decirte que en mi opinión el deseo sexual del negro que revela Guillén (también la Avellaneda en *Zab* y Villaverde en *Cecilia Valdés* es en última instancia un “deseo cultural” de alcanzar la unidad de la Nación. Es el mismo deseo de los Tres Juanes en el mito de la Caridad del Cobre.

¿También son caribeños José Martí y Lezama Lima?

En mi opinión Guillén penetró más dentro de lo caribeño que Martí y Lezama. Pienso así porque creo que lo Caribeño es un “non linear system” donde coexisten tres paradigmas de conocimiento: el simbólico, o mítico, o narrativo o tradicional, o premoderno (influencia africana, china y europea medieval); moderno, científico, histórico, disciplinario, epistemológico (caracterizado por el evolucionismo, la confrontación ideológica, el estructuralismo, la lucha de clase, la discriminación racial, etc.); el posmoderno (paradójico, contradictorio, posideológico, heteróclito, carnavalesco, polifónico, etc.).

La obra de Guillén se refiere a estos tres paradigmas, por ejemplo: “Sensemayá”, al primero; “West Indies, Ltd.”, al segundo; *El diario que a diario*, al tercero. En orden le seguiría Lezama, ya que su obra se refiere a sistemas herméticos de carácter metafísico (primer paradigma), y a lo carnavalesco, lo barroco, lo acéntrico (tercer paradigma). Martí es básicamente un hombre de la segunda mitad del XIX, y por lo tanto su obra es necesariamente confrontacional (segundo paradigma), aunque también se encuentra un espiritualismo profético que resulta irracional, aunque en mucho menos grado de Lezama (primer paradigma). Los tres, sin embargo, son caribeños, ya que lo caribeño nunca se encuentra, sino que reside en la búsqueda.

Tal búsqueda es imposible, ya que no es posible conciliar a Mackandal con Marx o con Foucault, o si se quiere al vodú con el marxismo o con lo posmoderno. Así, lo caribeño, para mí, es caótico y, por lo tanto, la mejor manera de analizarlo es a través de los modelos de Caos. Tales modelos son por fuerza metafóricos, ya que Caos se refiere directamente al mundo de las matemáticas y de las ciencias puras, ciertamente no a la literatura ni a las ciencias sociales. (Vuelve a leer con detenimiento las últimas tres páginas de mi libro, “Último Comentario”; como verás en la noción de lo caribeño cabe la santería, el vodú, la “negritude”, el marxismo, el feminismo, el posestructuralismo y el deconstructivismo;

esto solo es posible desde una perspectiva posmoderna, la cual, paradójicamente, lo hace a uno desconfiar de todos esos “ismos”. En mi opinión, esa desconfianza, esa turbulencia que presenta todo lo heteróclito, es lo que mejor expresa la antesala de lo caribeño; más allá de esa antesala hay un orden paradójico, momentáneo, sin origen ni destino, que habla con más profundidad de lo caribeño. Es ese orden secreto el que me propuse “descubrir” en mi libro.

¿Se ha aplicado antes la teoría de Caos al análisis literario?

La perspectiva de Caos es muy nueva, y tal vez me quepa el modesto honor de haberla utilizado en el análisis de texto primero que nadie.

¿Llegas a Caos por la insuficiencia teórica del pensamiento científico de la Modernidad?

No, llego a Caos por la insuficiencia teórica del pensamiento científico propio de la Modernidad, el cual, en última instancia, no prueba nada. Esto también se aplica a las ciencias sociales, ya que para legitimar lo que uno escribe hay que referirse a una fuente consagrada que al final de todo resulta arbitraria, digamos *El Capital*, *La dialéctica del espíritu*, *Blanca Nieves y los siete enanitos*, etc. En realidad, Caos surge dentro de la perspectiva posmoderna, y como dije, a mi modo de ver, en lo que toca a la crítica literaria, modera el planteamiento iconoclasta de la teoría posestructuralista (primer paso de la posmodernidad), ya que observa un orden “wholistic” en la naturaleza que puede hacerse extensivo a la significación (“meaning”).

La perspectiva de Caos enfatiza la relación que hay entre las ciencias y las humanidades (Prigogine), la sociedad y el sistema ecológico, el azar y la necesidad, la cultura y la economía, etc. Pienso que es “el segundo paso” que ha dado el pensamiento posmoderno, y creo que con el tiempo será algo así como una renovación del mundo clásico, aunque reordenado de manera diferente. Es también una dirección filosófica, y por lo tanto puede ser manipulada políticamente, como vemos en el mundo actual

cuando Gorbachev o cualquier líder se refiere al “nuevo orden posideológico” del mundo.

Antonio Benítez Rojo

(La Habana, 1931 – Northampton, Massachusetts, 2005). Narrador, guionista de cine, ensayista, profesor universitario, Benítez Rojo obtuvo el premio Casas de las Américas, en 1969, con su colección de cuentos *Tute de reyes*, y el Premio de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en 1969, con su segunda colección de cuentos, *El escudo de hojas secas*. Es el autor (guionista) de la película *Los sobrevivientes*, dirigido por Tomás Gutiérrez Alea. Trabajó para el departamento de Estadística del Ministerio del Trabajo (1965), fue Vicedirector de la Dirección Nacional de Teatro y Danza del Consejo Nacional de Cultura (1966–1967) y jefe de redacción de *Cuba Internacional* (1968–1969). Además, antes de su salida de Cuba en 1980, dirigió tres secciones de Casa de las Américas: el Centro de Investigaciones Literarias (1970–1971), el Departamento Editorial (1974–1980) y el Centro de Estudios del Caribe (1979–1980). Es autor de la *Recopilación de textos sobre Juan Rulfo* (Casa de las Américas, 1969) y de las antologías *Quince relatos de América Latina* (La Habana, Casa de las Américas, 1970, en colaboración con Mario Benedetti) y *10 noveletas breves y famosas* (La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1971). Fue catedrático de literatura latinoamericana en Amherst College, in Massachusetts, y profesor visitante en las universidades de Harvard, Emory, Brown, Yale, Pittsburgh y Miami.

Publicó los libros *Tute de Reyes* (cuentos, 1967), *El escudo de hojas secas* (cuentos, 1969), *Los inquilinos* (novela, 1976), *Heroica* (cuentos, 1977), *El mar de las lentejas* (novela, 1979), *Antología Personal* (1997), *La isla que se repite: el Caribe y la perspectiva posmoderna* (ensayo, 1998) y *Mujer en traje de batalla* (novela, 2001).

Índice

- Agua del recuerdo para Nara Araujo / 7
- Abecedario y Ballester / 11
- Las islas de Antonio. Carta y entrevista con Benítez Rojo / 15
- Oswaldo Navarro. Horror al vacío (Miami, Fla.: Ediciones Iduna, 2008) y Melodías de amor (México DF: Instituto Politécnico Nacional, 2008) / 25
- Para ser visto con los “oídos” treinta años después / 30
- La farándula pasa Consuelito Vidal antes, durante y detrás de la fachada / 44
- Contra el silencio del olvido / 50
- Los puntos sobre las íes / 54
- De los vivos y de los muertos / 59
- Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos: El bosque eterno / 65
- Solicitud de canonización de Nina Lugovskaya / 70
- “Prólogo” al libro de Emilio Martínez Paula, *¿Dios creó al hombre o el hombre inventó a Dios?* / 77
- Orlando Zapata Tamayo: La muerte que se repite I / 82
- La muerte no es útil para nadie / 85
- El comandante sí tiene quien lo herede / 90
- El doctor Fidel y el compañero Castro / 96
- Cantinflas contra Tarzán / 99
- José Martí, los rruiseñores y el poder político / 101
- Mario Vargas Llosa sobre Cuba: Congreso en Pau y en Tarbes, Francia / 106
- Raúl Rivero firmado en La Habana / 110
- Gustavo Godoy: “No creo en el periodismo a la carta” / 112
- Leonardo Padura: cuento a cuento / 117
- La patria no se encuentra en ningún lugar / 120
- Yo, el mejor de todos / 125
- Luque Escalona: talismán y estatua / 127
- c u b a e n c u e n t r o . c o m / 130
- Triste flor y responso por mi padre Rafael Saumell Pérez (Santiago de Cuba, 13/03/1929–Huntsville, Texas, 28/03/2015) / 138
- Es viejo ese lobo. Primer relato Rafael E. Saumell / 143

Juanito: yo lo recuerdo	/ 148
Un año más de revolución cubana y uno menos	/ 155
Acércate más	/ 158
Los derechos humanos en la transición	/ 161
Los vetos de Zeus	/ 166
Mi socio Pánfilo	/ 172
Abril en Santiago de Cuba	/ 175
De Betania y el horizonte de experiencia	/ 179
Buey Viejo	/ 186
Carta desde Texas	/ 188
Los sobrevivientes de la realidad	/ 192
Cohíba: lo prohibido	/ 197
Como Dios manda. Prólogo	/ 199
Cuba: una cazuela abierta	/ 201
La gira de Dagoberto	/ 207
El delicado sátrapa conversa	/ 209
El bodeguero no cree en lágrimas	/ 212
El informe Murillo	/ 214
¡La Habana no aguanta más barbacoas!	/ 217
La educación	/ 219
Ginebra y Girón: 40 años después	/ 223
Hablar por micrófono y otros oficios del siglo XX	/ 225
En el aire	/ 228
Cuba, Iglesia Católica y Estado: Memoria fragmentada	/ 232
La cultura exiliada tras el restablecimiento de relaciones Cuba- Estados Unidos	/ 249
Muerte de la ex madrastra según Emilio	/ 251
¡Te toca pero no hay!	/ 254
Nos amábamos tanto en la Zona Congelada	/ 256
Me rindo	/ 261
Naciones Unidas 21 – Castro 20	/ 264
Oh, La Habana	/ 266
Propaganda Enemiga y Literatura Cubana en Guadalajara	/ 285
¿Qué cubano no ama a Mao?	/ 290
Relato de la mala memoria	/ 293
Entré en mi casa	/ 298
La República es de todos	/ 303
Seremos como el Che: ¿asmáticos?	/ 306

A propósito de Reynaldo Bragado Bretaña	/ 309
¿FAO o Fiel Al Opressor?	/ 312
Tres más dos: cinco poetas cubanos en Buenos Aires	/ 314
Veinte años de Radio Martí	/ 318
Las nueve vidas de Vicente Echerri	/ 325
Y si fracaso mañana	/ 328

